

A man in a red shirt is seen from the back, standing in a church. He is looking out a large, arched window. Sunlight streams through the window, creating a warm, golden glow. The church interior is made of dark wood, and there are several rows of dark wooden pews in the foreground. The overall atmosphere is contemplative and serene.

Y el
shofar sonó

—  —
una novela

FRANCINE RIVERS

AUTORA DE ÉXITO DEL NEW YORK TIMES

Y EL SHOFAR SONÓ

Y el
shofar sonó



una novela

FRANCINE RIVERS

AUTORA DE ÉXITO DEL NEW YORK TIMES



Tyndale House Publishers
Carol Stream, Illinois, EE. UU.

Visite Tyndale en Internet: tyndaleespanol.com y BibliaNTV.com.

Descubra las novedades de Francine Rivers en francinerivers.autortyndale.com

TYNDALE y el logotipo de la pluma son marcas registradas de Tyndale House Ministries.

Y el shofar sonó

© 2021 por Francine Rivers. Todos los derechos reservados.

Originalmente publicado en inglés en el 2013 como *And the Shofar Blew* por Tyndale House Publishers, Inc. con ISBN 978-1-4143-7067-5.

Preguntas de discusión escritas por Peggy Lynch.

Fotografía del hombre en la portada por Stephen Vosloo. © Tyndale House Publishers. Todos los derechos reservados.

Fotografía de la iglesia en la portada © Will & Deni McIntyre/Getty Images. Todos los derechos reservados.

Fotografía de la autora © por Elaina Burdo copyright 2011. Todos los derechos reservados.

Diseño: Jennifer Ghionzoli

Edición en inglés: Kathryn S. Olson

Traducción al español: Patricia Cabral (Adriana Powell Traducciones)

Edición en español: Keila Ochoa Harris

Las citas bíblicas han sido tomadas de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © 2010 Tyndale House Foundation. Usada con permiso de Tyndale House Publishers, 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

Y el shofar sonó es una obra de ficción. Donde aparezcan personas, eventos, establecimientos, organizaciones o escenarios reales, son usados de manera ficticia. Todos los otros elementos de la novela son producto de la imaginación de la autora.

Para información acerca de descuentos especiales para compras al por mayor, por favor contacte a Tyndale House Publishers a través de espanol@tyndale.com.

ISBN 978-1-4964-4580-3

Impreso en Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

27 26 25 24 23 22 21
7 6 5 4 3 2 1

Dedicado a Rick y Sue Hahn
Siervos fieles de Jesucristo

Agradecimientos

Quiero agradecer a las innumerables esposas de pastores, líderes laicos, siervos, fundadores de iglesias, maestros y sobrevivientes del fuego cruzado que compartieron conmigo sus experiencias dolorosas y, a menudo, muy privadas. Muchos de ustedes tienen cicatrices por «edificar una iglesia». Muchos han sido lastimados profundamente y siguen sirviendo en medio de la persecución. ¡Mantengan la fe! ¡Anímense! El hombre hace planes, pero el Señor prevalece.

Quiero expresar mi más profunda gratitud a Kathy Olson, mi extraordinaria editora, y al equipo de Tyndale por su apoyo constante. También quiero agradecer a Bob Coibion por compartir sus conocimientos en proyectos de construcción.

Hermanos y hermanas, somos uno en el cuerpo y en el Espíritu de nuestro Señor Jesucristo, la *única* piedra principal sobre la cual se debe edificar lo que perdura para siempre: la relación con nuestro Creador, Salvador y Señor.

Francine Rivers

SALMO 127:1

PRIMERA PARTE

EL LLAMADO



CAPÍTULO I



1987

Samuel Mason estaba en su DeSoto blanco frente a la Iglesia Cristiana de Centerville. El viejo lugar era como él: había visto días mejores. Al campanario todavía le hacía falta la media docena de tejas que habían volado durante una tormenta de viento tres años atrás. La pintura estaba descascarada y dejaba a la vista unas tablas grises envejecidas. Una de las altas ventanas abovedadas estaba rota. El césped estaba casi muerto; los rosales descuidados; y el abedul del patio, el que estaba entre la iglesia, el salón social y la pequeña vivienda parroquial, tenía una especie de cochinilla que estaba matándolo.

Si no se tomaba una decisión pronto, Samuel temía que llegaría a vivir lo suficiente para ver un letrero de «Se vende» puesto en la propiedad de la iglesia y la cerradura de combinación de un agente inmobiliario en la puerta delantera. Estiró el brazo y levantó la desgastada Biblia de cuero negro que estaba en el asiento del acompañante. *Intento mantener la fe, Señor. Estoy tratando de confiar.*

—¡Samuel! —Hollis Sawyer avanzaba cojeando por la acera de la calle Primera. Se encontraron en la escalinata del frente. Hollis se aferró a la oxidada barandilla de hierro con la mano izquierda, afirmó su bas-

tón, se acomodó la cadera y levantó su pierna ortopédica al segundo escalón—. Otis llamó. Dijo que llegará tarde.

—¿Algún problema?

—No lo dijo, pero pude oír al fondo que Mabel le hablaba. Sonaba bastante frustrado.

Samuel abrió la cerradura de la puerta delantera y miró la alfombra del atrio que alguna vez fue de color malva, ahora gris y desteñida por el sol. Hollis hizo una mueca de dolor al atravesar cojeando el umbral. Samuel dejó la puerta entreabierta para Otis.

En el vestíbulo, nada había cambiado en años. Los folletos descoloridos seguían colocados en pilas perfectas. El borde deshilachado de la alfombra aún estaba descorrido por la puerta de la pequeña oficina ministerial. Las hojas polvorientas del ficus artificial del rincón seguían alojando una araña. Había otra telaraña en la esquina de una ventana alta; alguien tendría que sacar la escalera y sacarla de ahí. Pero ¿quién estaría dispuesto a treparse a una escalera, cuando la caída podría mandar sus huesos viejos a un hospital de convalecencia? Y llamar a un profesional de limpieza estaba fuera de discusión. No había dinero.

—Hace tanto frío aquí como en el invierno de Minnesota —dijo Hollis, cojeando por el pasillo.

El santuario olía a humedad, como una casa que había permanecido cerrada toda una temporada.

—Puedo encender la calefacción.

—No te molestes. Para cuando el lugar se caliente, habrá terminado nuestra reunión. —Hollis ingresó a la segunda hilera y colgó su bastón en el respaldo del banco que tenía enfrente, sentándose lentamente—. Entonces, ¿quién va a predicar este domingo?

Samuel se sentó en el banco al otro lado de Hollis y colocó su Biblia junto a él.

—El domingo es el menor de nuestros problemas, Hollis. —Apoyando las muñecas sobre el respaldo del banco delantero, entrelazó sus manos y levantó la vista. Al menos, la cruz de bronce y los dos candelabros del altar estaban pulidos. Parecían las únicas cosas que recibían cierta atención. La alfombra necesitaba limpieza; el púlpito, pintura; y el órgano, reparación. Lamentablemente, cada año había menos obreros del Señor y las donaciones económicas menguaban, pese a las almas generosas de

los miembros, todos los cuales vivían de ingresos fijos, y algunos otros únicamente de la seguridad social.

Señor... La mente de Samuel se quedó en blanco mientras se aguantaba las ganas de llorar. Tragó con dificultad por el nudo que tenía en la garganta y miró el balcón vacío del coro. Recordaba la época cuando estaba lleno de cantores, todos con túnicas rojas y doradas. Ahora, solo quedaba su esposa, Abby, que cantaba algunos domingos, acompañada por Susana Porter en el piano. Por más que él amara a su viejita, Samuel debía reconocer que la voz de Abby ya no era lo que había sido.

Uno por uno, los programas de la iglesia comenzaron a disminuir y desaparecieron, como polvo que se lleva el viento. Los niños crecieron y se fueron. Los de mediana edad envejecieron, y los viejos murieron. La voz del pastor no hacía eco en ningún cuerpo vivo que absorbiera sus palabras sabias.

Oh, Señor, no me dejes vivir tanto como para ver cerradas las puertas de esta iglesia un domingo en la mañana.

Abby y él eran parte de esta iglesia desde hacía casi cuarenta años. Sus hijos habían asistido a la escuela dominical y habían sido bautizados aquí. El pastor Hank había oficiado la ceremonia de bodas de su hija Alicia. Y, después, el servicio religioso cuando el cuerpo de su hijo Donny llegó desde Vietnam. No recordaba cuándo había sido el último bautismo, pero los funerales eran cada vez más frecuentes. Hasta donde él sabía, la pila bautismal se había secado.

Samuel también se sentía seco. Estaba cansado, deprimido, vencido. Y ahora, les había sucedido una nueva tragedia. No sabía qué harían para mantener en funcionamiento la iglesia. Si no encontraban una manera, ¿qué sería del pequeño cuerpo de creyentes que seguía viniendo a congregarse cada domingo? La mayoría eran demasiado viejos para conducir un carro, y los demás, demasiado tímidos para viajar treinta y cinco kilómetros de carretera para alabar con desconocidos.

¿Quedaremos todos relegados a mirar a los televangelistas que dedican tres cuartos de hora a pedir dinero? Dios, ayúdanos.

La puerta delantera de la iglesia se cerró de golpe y los tablones del piso crujieron bajo el peso de unos pasos que se acercaban.

—¡Perdón por llegar tarde! —Otis Harrison caminó por el pasillo y se sentó en un banco delantero.

Samuel separó las manos y se levantó para saludarlo.

—¿Cómo se siente Mabel?

—Mal. El doctor volvió a darle oxígeno. Se pone de muy malhumor cuando va arrastrando el tanque ese por la casa. Uno pensaría que se quedaría sentada un rato. Pero no. Tengo que estar vigilándola como un lince. Ayer, la encontré en la cocina. Discutimos a gritos. Le dije que uno de estos días abrirá una hornilla de gas, encenderá un fósforo y nos hará volar hasta el reino de los cielos. Dijo que ya no soportaba comer una sola cena congelada más.

—¿Por qué no pides comida a domicilio? —dijo Hollis.

—Lo hice. Es por eso que llegué tarde.

—¿No aparecieron?

—Llegaron puntualmente, de lo contrario, aún estarían esperándome. El problema es que tengo que estar ahí para abrir la puerta porque Mabel se niega rotundamente a hacerlo. —El banco delantero chirrió cuando Otis acomodó su peso.

Durante años, Samuel y Abby habían disfrutado muchas noches agradables en la casa de los Harrison. Mabel siempre preparaba un festín: pollos rellenos, pasteles de ángel caseros y verduras asadas o al vapor que cultivaba en el huerto de su casa. La esposa de Otis amaba cocinar. No era un pasatiempo. Era un llamado. Mabel y Otis les daban la bienvenida a las nuevas familias de la iglesia invitándolas a cenar. Cocina italiana, alemana, francesa e, incluso, china: ella estaba dispuesta a intentar lo que fuera para el deleite de cualquiera que se sentara a su mesa. Las personas se acercaban en estampida a probar todo guisado o pastel que Mabel pusiera sobre las largas mesas cubiertas de manteles plásticos los días de almuerzo comunitario. Ella le había enviado galletas a Donny cuando estaba en la base aérea de Hue, Vietnam. Otis solía quejarse de que nunca sabía qué le esperaba para cenar, pero nunca nadie había sentido pena por él.

—Sigue mirando esos programas de cocina en la tele y anotando las recetas. ¡Está enloqueciendo de frustración! Y me vuelve loco a mí también. Le sugerí que empezara a bordar. O a pintar sobre madera. O a hacer crucigramas. Algo. *¡Cualquier cosa!* No voy a repetir lo que respondió.

—¿Y si usa una cocina eléctrica? —dijo Hollis—. ¿O un microondas?

—Mabel no quiere nada con una cocina eléctrica. Y en cuanto a un microondas, nuestro hijo nos regaló uno hace un par de Navidades.

Ninguno de los dos entiende cómo funciona, excepto para encenderlo un minuto para calentar el café. —Otis negó con la cabeza—. Extraño los buenos tiempos, cuando nunca sabía qué habría en la mesa al llegar a casa del trabajo. Estos días no aguanta de pie lo suficiente para hacer una ensalada. He intentado cocinar, pero ha sido un desastre total. —Haciendo una mueca, movió la mano en un gesto impaciente—. Pero suficiente de mis problemas. Por lo que escuché, tenemos otras cosas de qué hablar. ¿Qué novedades hay de Hank?

—No son buenas —dijo Samuel—. Anoche, Abby y yo estuvimos con Susana en el hospital. Ella quiere que Hank se jubile.

—Deberíamos esperar y ver qué dice Hank. —Hollis estiró su pierna enferma.

Samuel sabía que no querían enfrentar los hechos.

—Tuvo un ataque cardíaco, Hollis. No puede decir nada porque tiene un tubo metido en la garganta. —¿Realmente creían que Henry Porter podía continuar por siempre? El pobre Hank estaba mucho más allá de aspirar a ser el Conejito de Energizer.

Otis frunció el ceño.

—¿Tan mal está?

—Ayer en la tarde estaba haciendo visitas en el hospital y se desmayó en el pasillo, a pocos pasos de la sala de emergencias. De lo contrario, ahora estaríamos aquí organizando su funeral.

—Dios lo estaba cuidando —dijo Hollis—. Siempre lo hace.

—Es hora de que también *nosotros* nos ocupemos de lo que es mejor para Él.

Otis se puso tenso.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Samuel acaba de pasar una larga noche. —Hollis sonaba optimista.

—Eso es parte del asunto —concedió Samuel. Una noche realmente larga de enfrentar el futuro—. Lo cierto es que esta es una crisis más de una larga serie de crisis que hemos enfrentado. Y no quiero ver que esta nos hunda. Tenemos que tomar algunas decisiones.

Hollis se movió inquieto en el asiento.

—¿A qué hora llegaron tú y Abby al hospital?

Cada vez que la discusión giraba hacia cosas desagradables, Hollis la esquivaba cambiando de tema.

—Media hora después de que Susana nos llamó. Hace mucho tiempo que Hank no se siente bien.

Otis frunció el ceño.

—Nunca dijo nada.

—El cabello se le puso completamente blanco en los dos últimos años. ¿No se dieron cuenta?

—El mío también —dijo Hollis.

—Y bajó de peso.

—Ojalá yo pudiera —dijo Otis, soltando una risita.

Samuel se esforzó por mantener la paciencia. Si no era prudente, esta reunión se convertiría en otra charla sobre el deplorable estado del mundo y del país.

—Hace aproximadamente una semana, Hank me habló de un amigo suyo de la época universitaria, quien es decano de una universidad cristiana en el Medio Oeste. Habló muy bien de él y de la institución. —Samuel miró a uno y a otro de sus amigos más antiguos—. Creo que trataba de decirme por dónde deberíamos empezar a buscar a su sucesor.

—¡Oye, espera un minuto! —dijo Hollis—. Este no es el momento oportuno para jubilarlo, Samuel. ¿Qué clase de golpe sería ese para un hombre postrado? —resopló—. ¿Cómo te sentirías tú si alguien fuera a tu habitación en el hospital, se parara junto a tu cama y te dijera: “Lamento que hayas tenido un ataque cardíaco, viejo amigo, pero tus días útiles se han terminado”?

El rostro de Otis estaba rojo y tenso.

—Hank ha sido la fuerza impulsora de esta iglesia durante los últimos treinta y tantos años. Ha sido la mano firme sobre el timón. No podemos prescindir de él.

Samuel sabía que no iba a ser fácil. Había un tiempo para ser amable y un tiempo para ser directo.

—Háganme caso: Hank no va a volver. Y si queremos que esta iglesia sobreviva, será mejor que hagamos algo para encontrar a otro que se ponga al timón. Estamos a punto de ir a la deriva, y vamos hacia las rocas.

Hollis hizo un gesto con la mano.

—Hank fue hospitalizado hace cinco años cuando tuvo la cirugía de bypass coronario. Y regresó. Simplemente invitaremos a algunos predicadores hasta que Hank se recupere. Como hicimos la última vez. Los Gedeones,

el Ejército de Salvación, alguien de ese comedor comunitario que está al otro lado de la ciudad. Pidámosles que vengan y hablen de sus ministerios. Que llenen el púlpito algunos domingos. —Se rio nerviosamente—. Si las cosas se ponen difíciles, siempre podemos contar con el espectáculo de Otis mostrando sus diapositivas de Tierra Santa otra vez.

Samuel despegó su talón del suelo y empezó a moverlo hacia arriba y hacia abajo silenciosamente, como hacía siempre que estaba tenso. ¿Qué necesitaría para abrirles los ojos a sus viejos amigos? ¿Acaso el Señor en persona tendría que hacer resonar el cuerno del carnero para hacerlos avanzar?

—Susana contó que su nieta mayor espera un bebé para la primavera. Dijo que sería lindo ver a Hank con un bisnieto en sus rodillas. Ellos quisieran volver a ser parte de la vida de sus hijos, sentarse juntos en la misma iglesia, en el mismo banco. ¿Quién de ustedes quiere decirle a Hank que no se ha ganado el derecho a hacer esas cosas? ¿Quién de los dos quiere decirle que esperamos que se mantenga de pie en ese púlpito hasta que se caiga muerto? —Su voz se quebró.

Hollis frunció el ceño y desvió la vista, pero no antes de que Samuel viera sus ojos húmedos.

Samuel apoyó su brazo en el banco.

—Hank necesita saber que lo entendemos. Necesita que le demos las gracias por todos sus años de servicio fiel a esta congregación. Necesita nuestra bendición. ¡Y necesita ese fondo de pensión que creamos hace años para que él y Susana vivan de algo más que del cheque mensual del gobierno y de la caridad de sus hijos! —Apenas veía sus rostros porque las lágrimas le nublaban la vista.

Otis se levantó y caminó de un lado a otro del pasillo con una mano hundida en el bolsillo mientras se rascaba la frente con la otra.

—El mercado de valores ha caído mucho, Samuel. Ese fondo vale casi la mitad de lo que valía hace un año.

—La mitad es mejor que nada.

—Tal vez, si hubiera retirado antes las acciones tecnológicas... Como están las cosas, recibirá unos doscientos cincuenta dólares mensuales por cuarenta años de servicio.

Samuel cerró los ojos.

—Al menos, hemos podido mantener al día su cobertura médica a largo plazo.

—Fue bueno que se afiliara al seguro médico cuando tenía treinta y pico años, o no nos alcanzaría para las primas del seguro médico. —Otis se desplomó pesadamente en el extremo de un banco. Miró directamente a Samuel, quien asintió, sabiendo que él y Abby tendrían que conseguir el dinero, como lo hacían cada vez que no había lo suficiente en el plato de las ofrendas para cubrir los gastos.

—Hace cinco años —suspiró Hollis—, teníamos seis ancianos. Primero perdimos a Frank Bunker por un cáncer de próstata; luego, Jim Popoff se quedó dormido en su sillón reclinable y no volvió a despertar. El año pasado, Ed Frost tuvo un derrame cerebral. Vinieron sus hijos, alquilaron un transporte para mudanzas, clavaron un letrero de «Se vende» frente a su casa y se lo llevaron a algún centro residencial del sur para que lo atendieran. Y ahora Hank... —La voz de Hollis se entrecortó. Se acomodó la cadera otra vez.

—Entonces —dijo Otis arrastrando las sílabas—. ¿Qué hacemos sin un pastor?

—¡Darnos por vencidos! —dijo Hollis.

—O comenzar de nuevo.

Ambos hombres miraron a Samuel. Otis resopló.

—Eres un soñador, Samuel. Siempre fuiste un soñador. Esta iglesia ha estado agonizando durante los últimos diez años. Cuando Hank nos deje, estará muerta.

—¿De verdad quieren cerrar las puertas, echarles llave y largarse?

—¡No es lo que queremos! ¡Es lo que tiene que ser!

—No estoy de acuerdo —dijo Samuel, resuelto—. ¿Por qué no oramos por el asunto?

—¿De qué nos servirá la oración a estas alturas? —dijo Otis, con una expresión de desaliento.

Hollis se puso de pie.

—Se me traba la pierna. Tengo que moverme. —Tomó su bastón del respaldo del banco y se fue cojeando hacia el frente de la iglesia—. No sé qué pasa en nuestro país en estos tiempos. —Golpeó el bastón contra el piso—. Eduqué a mis cuatro hijos para que todos fueran cristianos y ninguno sigue yendo a la iglesia. Las únicas ocasiones en que van es en Navidad y en Pascua.

—Seguramente es por tener que viajar al trabajo todos los días —dijo Otis—. Hoy en día se necesitan dos personas que trabajen para pagar

una casa; para colmo, tienen que cambiar el carro cada pocos años porque lo usan demasiado. Mi hijo le pone doscientos veinticinco kilómetros diarios a su carro, cinco días a la semana, y su esposa, más o menos la mitad de eso. Y, además, tienen que pagar la guardería de los niños. Más los seguros, y...

Bla, bla, bla. Samuel ya había oído antes todo eso. El mundo es un desastre. La nueva generación no respeta a los mayores. Los ecologistas son todos *hippies* de los sesenta, y los políticos son todos delinquentes, adúlteros y cosas peores.

—Ya conocemos los problemas. Trabajemos en las soluciones.

—¡Soluciones! —Otis negó con la cabeza—. ¿Cuáles soluciones? Mira, Samuel, se acabó. ¿Tenemos una congregación de cuántos?

—Cincuenta y nueve —dijo Hollis sombríamente—. En la lista de miembros. El domingo pasado, vinieron treinta y tres a la iglesia.

Otis miró a Samuel.

—Ahí está. Ya ves cómo es el asunto. No tenemos el dinero para pagar las cuentas. No tenemos un pastor que predique. El único niño que hay en la congregación es el nieto de Brady y Frieda, que solo está de visita. A menos que quieras hacerte cargo, Samuel, yo propongo que nos retiremos con dignidad.

—¿*Con dignidad?* ¿Cómo cierras una iglesia *con dignidad?*

Otis se puso rojo.

—Se acabó. ¿Cuándo se lo harás entender a tu cabeza dura, mi amigo? La fiesta fue divertida mientras duró, pero se acabó. Es hora de irnos a casa.

Samuel sintió un calor que le subía desde lo profundo de su ser, como si alguien estuviera soplando suavemente sobre las brasas moribundas de su corazón.

—¿Qué pasó con el fuego que todos sentíamos cuando llegamos a Cristo?

—Envejecimos —dijo Hollis.

—Nos cansamos —dijo Otis—. Siempre son las mismas personas las que trabajan, mientras que el resto se queda sentado en los bancos y espera que todo marche sin problemas.

Samuel se levantó.

—¡Abraham tenía cien años cuando engendró a Isaac! ¡Moisés tenía ochenta cuando Dios lo llamó a salir del desierto! ¡Caleb tenía

ochenta y cinco cuando tomó la región montañosa de los alrededores de Hebrón!

Otis carraspeó.

—En los tiempos bíblicos, una persona de ochenta debe haber sido mucho más joven que ahora.

—Nosotros vinimos a este lugar porque creemos en Jesucristo, ¿cierto? —Samuel se aferraba tenazmente a su fe—. ¿Ha cambiado eso?

—Ni una pizca —dijo Hollis.

—Estamos hablando de cerrar la iglesia, no de abandonar nuestra fe —dijo Otis acaloradamente.

Samuel lo miró.

—¿Puedes hacer lo uno sin lo otro?

Otis infló las mejillas y se rascó el entrecejo. Su rostro estaba poniéndose rojo otra vez. Eso siempre era un mal augurio.

—Todavía estamos aquí —dijo Samuel—. Esta iglesia aún no está muerta. —Él no iba a desistir, por más que Otis resoplara.

—La semana pasada, hubo ciento dos dólares con sesenta y cinco centavos en la canasta de ofrendas —dijo Otis con el ceño fruncido—. Ni siquiera alcanza para pagar la factura de los servicios públicos. Que, por cierto, está vencida.

—El Señor proveerá —dijo Samuel.

—¡Qué Señor ni qué ocho cuartos! Somos nosotros los que pagamos todo el tiempo. ¿Vas a pagar otra vez los impuestos sobre la propiedad Samuel? —dijo Otis—. ¿Cuánto más podemos seguir así? No hay manera de que podamos mantener el funcionamiento de esta iglesia, ¡especialmente, sin un pastor!

—Precisamente.

—¿Y dónde conseguirás uno? —Otis echaba chispas por los ojos—. Por lo que sé, los pastores no crecen en los árboles.

—Aunque tuviéramos un nuevo pastor, no tenemos dinero para pagar las cuentas. Necesitaríamos más gente. —Hollis se sentó y estiró la pierna para masajear su muslo con sus dedos artríticos—. Ya no puedo seguir conduciendo un autobús y no estoy en condiciones de ir de puerta en puerta, como lo hacíamos en los viejos tiempos.

Otis lo atravesó con la mirada.

—No tenemos un autobús, Hollis. Y, ahora que no tenemos pastor, no tenemos ningún servicio al cual invitar a las personas. —Hizo un

gesto con el brazo—. Lo único que tenemos es este edificio. Y un terremoto probablemente podría hacerlo caer sobre nuestras cabezas.

—Por lo menos lo tenemos —se rio Hollis con amargura—, en ese caso tendríamos el dinero del seguro para despedir a Hank con estilo.

—Tengo una idea. —El tono de voz de Otis destilaba sarcasmo—. ¿Por qué no convertimos este viejo lugar en una casa embrujada para Halloween? Cobremos diez dólares por cabeza. Podríamos saldar todas nuestras cuentas y tener lo suficiente para darle una ofrenda de amor a Hank.

—Muy gracioso —dijo Samuel secamente.

Otis frunció el ceño.

—Estoy bromeando a medias.

Samuel miró a uno y a otro de los dos hombres con solemnidad.

—Seguimos teniendo treinta y tres personas que necesitan comunión cristiana.

Los hombros de Hollis se hundieron.

—Todos tenemos un pie en la tumba y el otro sobre una cáscara de plátano.

—Voto por que llamemos a ese decano. —Samuel se mantuvo firme.

—De acuerdo. —Otis levantó ambas manos—. *¡Está bien!* Si eso es lo que buscas, ya tienes mi voto. Llama al decano. Ve qué puede hacer por nosotros. Apuesto a que nada. Llama a quien quieras. Llama a Dios a ver si todavía le importa escucharnos. Llama al presidente de los Estados Unidos, me da igual. Yo me largo; tengo que asegurarme de que mi esposa no le haya prendido fuego a la cocina ni a sí misma. —Con los hombros caídos, Otis caminó por el pasillo.

A pesar de todas las bravuconerías y las protestas de Otis, Samuel sabía que su viejo amigo, al igual que él, no quería darse por vencido.

—Gracias, Otis.

—¡Solo te pido que no salgas a buscar a algún personaje que traiga una batería y una guitarra eléctrica! —gritó Otis por encima del hombro.

—Tal vez —se rio Samuel—, eso sea justamente lo que necesitamos, viejo amigo.

—¡Sobre mi cadáver! —La puerta delantera de la iglesia se cerró de golpe.

Hollis se puso de pie con gran esfuerzo, tomó su bastón del respaldo del banco y suspiró profundamente. Se quedó mirando alrededor un largo rato.

—Sabes... —Su mirada se volvió brillante y su boca mostró un movimiento trémulo. Apretando sus labios temblorosos, negó con la cabeza. Levantó el bastón a modo de saludo débil y caminó cojeando por el pasillo.

—Mantén la fe, hermano.

—Buenas noches —dijo Hollis con voz ronca. La puerta se abrió de nuevo y se cerró firmemente.

El silencio llenó la iglesia.

Samuel apoyó la mano sobre su Biblia, pero no la tomó. Oró mientras las lágrimas corrían por sus mejillas.



Samuel condujo su carro por el estrecho camino de la entrada, entró al garaje abierto y se estacionó a dentro. La puerta trasera de su bungaló americano se abrió y Abby se paró bajo la luz a esperarlo. Lo besó cuando él traspasó el umbral.

—¿Cómo estuvo la reunión?

Él rozó su mejilla tiernamente.

—Mañana llamaré al amigo de Hank.

—Gracias a Dios. —Cruzó la cocina—. Siéntate, cariño. Tendré caliente tu cena en unos minutos.

Samuel puso su Biblia sobre la mesa blanca de fórmica, retiró una de las sillas de metal cromado y se sentó en el asiento vinílico rojo.

—Tenemos trabajo por delante.

—Al menos te escucharon.

—Solo porque están demasiado cansados para seguir discutiendo.

Abby sonrió por encima de su hombro.

—No te pongas cínico a estas alturas del partido. Algo como esto puede hacernos sentir jóvenes otra vez. —Presionó los números en el microondas.

—Otis dice que soy un soñador. —Observó a Abby mientras ponía los cubiertos y una servilleta en la mesa, delante de él. Le parecía tan hermosa ahora, a los setenta y cuatro, como lo había sido a los dieciocho, cuando se casó con ella. Le agarró la mano—. Todavía te amo, ¿sabes?

—Más te vale. Te tengo atrapado. —El microondas sonó su sonido metálico—. La cena está lista.

—Otis estaba hasta la coronilla cuando llegó a la iglesia. Mabel está teniendo momentos muy difíciles otra vez. Está usando oxígeno de nuevo.

—Sí, me enteré. —Dejó el plato delante de él. Pastel de carne, puré de papas y guisantes—. La llamé esta tarde. Tuvimos una larga charla. —Tomó asiento frente a él.

—¿Se comportó bien? —Él levantó su tenedor.

Abby se rio.

—Oí que alguien hablaba al fondo acerca de ensaladas en capas; luego, Mabel apagó el televisor.

—Pobre alma.

—Ah, tonterías. En parte, se divierte frustrando a Otis. Sabe exactamente qué hacer para que él salte.

—¿Ella no extraña cocinar?

—No tanto como a él le gustaría.

—Mujeres. No puedes vivir con ellas y no puedes vivir sin ellas.

Abby se levantó de la silla y abrió el viejo refrigerador. Sirvió leche en un vaso, lo dejó delante de él y se sentó de nuevo. Nunca podía quedarse quieta por mucho tiempo. Iba en contra de su naturaleza. Junto las yemas de sus dedos y lo observó. A pesar de su falta de apetito, él comía lentamente para que ella no se preocupara.

—Será un alivio para Susana, Samuel. Ha querido que él se retire desde que le hicieron la cirugía del baipás coronario.

—No tendrán mucho para vivir. No es como si tuvieran una propiedad para vender.

—Creo que Susana va a extrañar esa vieja casa pastoral. Me dijo que tienen unos diez mil ahorrados. Gracias a Dios que tenemos el fondo de jubilación para darles. De lo contrario, dependerían de que sus hijos los mantuvieran.

Samuel le comunicó las malas noticias. Abby bajó la cabeza sin decir nada. Él apoyó su tenedor y esperó, sabiendo que ella elevaba una oración desesperada en silencio. Cuando levantó la cabeza nuevamente, tenía el rostro pálido y los ojos llenos de lágrimas. Él compartía su vergüenza.

—Desearía haber nacido rico, en vez de bien parecido. —La vieja broma fracasó. Abby extendió su mano y la apoyó sobre la de él, quien negó con la cabeza, incapaz de hablar.

—Me pregunto qué está haciendo el Señor esta vez —dijo ella, pensativamente.

—No eres la única.



Pablo Hudson escuchó el barullo desde el momento en que abrió la puerta delantera de su casa alquilada. Se quitó la chaqueta y la colgó en el armario del pasillo. Se rio cuando vio a su hijo de tres años, Timoteo, en el piso de la cocina, golpeando el fondo de una olla con una cuchara de madera mientras Eunice cantaba: «Génesis, Éxodo, Levítico, Números...».

Sonriendo, Pablo se apoyó contra el marco de la puerta y los observó. Timoteo lo vio.

—¡Papi! —Dejó caer la cuchara y se levantó de un salto. Pablo lo alzó en brazos, lo besó, lo hizo girar y lo subió sobre sus hombros.

Sonriendo, Eunice dejó un puñado de cubiertos mojados en el escurridor de platos y buscó un paño de cocina.

—¿Qué tal estuvo tu día?

—¡Sensacional! La clase salió bien. Un montón de preguntas. El debate fue bueno. Me encanta ver cuánto se puede entusiasmar la gente. —Se acercó y le dio un beso—. Hmmm. Mami huele rico.

—Hoy hicimos galletas.

—¿Puedo montar a caballo, papi?

—Si no te pasas con tu viejo. —Pablo se puso en cuatro patas. Timmy se impulsó y con sus piernitas delgadas se sujetó a la caja torácica de Pablo, quien se paró en dos patas y emitió un relincho. Timmy se aferró, chillando de risa. Pateó dos veces las costillas de Pablo con sus talones—. ¡Tranquilo, vaquero! —Pablo levantó la vista y miró a Eunice, quien se reía de ellos, y sintió el corazón pleno. ¿Cómo podía un hombre ser tan bendecido?— ¡Qué bueno que no tiene espuelas! —Dejó que Timmy cabalgara sobre él dando tres vueltas por la sala, antes de rodar y dejarlo caer sobre la alfombra. El niño se trepó velozmente al estómago de Pablo, saltando sin mucha suavidad—. ¡Ay! ¡Ay! —gruñó Pablo.

—Hay una llamada del decano Whittier en el contestador —dijo Eunice.

—Hace mucho que no hablo con él. ¿Qué hora es?

—Las cuatro y media.

—Quiero viajar en avión, papi. ¡Por favor!

Pablo lo sujetó de un brazo y una pierna y lo hizo dar vueltas alrededor de él mientras Timmy hacía sonidos estruendosos.

—Nunca se va de la oficina antes de las seis. —Aterrizó suavemente a su hijo sobre el sofá—. Vamos a jugar fútbol, Timmy. —Besó a Eunice antes de dirigirse al patio trasero—. Avísame a las cinco y media, ¿de acuerdo? No quiero dejar esperando al decano.

Afuera, Timmy pateaba la pelota y él se la devolvía con pases suaves. Cuando Timmy se cansó del juego, Pablo lo empujó en el columpio. Eunice se asomó a la puerta y él subió a Timmy sobre sus hombros para volver adentro. Ella lo levantó.

—Hora de lavarse para la cena, pequeñito.

Pablo se encaminó hacia el teléfono. Presionó el botón del contestador automático. «Habla el decano Whittier. He recibido una llamada y creo que te incumbe».

El mensaje enigmático dejó intranquilo a Pablo. Marcó el número de la oficina. El decano Whittier lo había apoyado durante sus años universitarios. Pablo había tratado de mantenerse en contacto, pero habían pasado seis meses desde la última vez que habló con él. Sentía gratitud por el apoyo del decano en la Universidad Cristiana Midwest; especialmente, cuando se había sentido presionado por las expectativas de todos. Como era hijo de un pastor muy conocido, algunos pensaban que debía haber heredado una especie de unción especial. A todos les habría sorprendido enterarse que él nunca había estado al tanto de las obras de la iglesia de su padre, más allá de saber que él llevaba las riendas. Pablo había escuchado y visto a los miembros admirar a David Hudson y correr para cumplir con sus demandas.

Pablo trabajó mucho por alcanzar el puesto más alto en sus materias. No había sido fácil, pero no se había atrevido a hacer menos que eso desde que tuvo la edad para comenzar sus estudios. Cualquier cosa que fuera menos que la excelencia le habría valido el menosprecio de su padre. Él esperaba la perfección. «Todo lo que no sea lo mejor de ti deshonor a Dios». Pablo había luchado por estar a la altura y, a menudo, no había satisfecho las expectativas de su padre.

El decano Whittier había recomendado a Pablo para el cargo de pastor adjunto de la Iglesia Mountain High, una de las más grandes del país. Algunos domingos en la mañana, Pablo parecía como perdido entre las multitudes, pero tan pronto como entraba en el aula, se sentía como en casa. Amaba enseñar, especialmente a los grupos pequeños, donde las personas podían sincerarse y hablar de su vida, y ser motivadas en la fe.

—Oficina del decano Whittier. Habla la señora MacPherson. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Hola, Evelyn. ¿Cómo le va?

—¡Pablo! ¿Qué tal? ¿Cómo está Eunice?

—Tan preciosa como siempre. —Le guiñó un ojo a Eunice.

—¿Y Timmy?

—Recién estaba tocando la batería en la cocina. —Se rio en voz alta—. Futuro ministro de adoración.

Evelyn dejó escapar una risita.

—Bueno, no me sorprende, teniendo en cuenta los talentos de Eunice. El decano está con alguien en su oficina, pero sé que quiere hablar contigo. ¿Puedes esperar unos minutos? Le pasaré una nota y le haré saber que estás en la línea.

—Claro. No hay problema. —Echó un vistazo a la correspondencia mientras esperaba. Eunice ya había abierto las facturas. ¡Ay! La cuenta del gas había subido. Al igual que la del teléfono y la de los servicios públicos. Dejándolas a un lado, examinó todo con cuidado, separando el correo de propaganda de las varias entidades caritativas que pedían dinero; luego hojeó el catálogo de Distribuidores de Libros Cristianos para pastores.

—Pablo —dijo el decano Whittier—, disculpa que te haya hecho esperar. —Intercambiaron saludos y comentarios amables—. El otro día hablé con el pastor Riley. Me dio un informe brillante sobre tus avances. Dijo que tus clases siempre están llenas y que tienen listas de espera.

Pablo se sintió incómodo con el elogio.

—Hay muchas personas hambrientas de la Palabra.

—Y hay áreas que mueren por la falta de la buena enseñanza. Lo cual me lleva al motivo de mi llamada. Un anciano de una iglesia pequeña en Centerville, California, me llamó esta mañana. Su pastor es un viejo amigo mío; tuvo un ataque cardíaco y no podrá seguir sirviendo. El anciano dice que la iglesia cerrará si no hay alguien en el púlpito. La congregación llega a poco menos de cincuenta miembros; casi todos mayores de sesenta y cinco. Cuentan con algunos bienes propios. Tienen un templo centenario, un salón para uso social que construyeron en los años sesenta y una casita pastoral donde puede vivir el pastor sin pagar alquiler. El Señor te trajo inmediatamente a mis pensamientos.

Pablo no sabía qué decir.

—El pueblo está en alguna parte del Valle Central de California, entre Sacramento y Bakersfield. Estarías más cerca de tus padres.

El Valle Central. Pablo conocía esa región. Había crecido en el sur de California. Todos los veranos, su madre lo llevaba al norte para visitar a su tía y a su tío, que vivían en Modesto. Algunos de los mejores recuerdos de su infancia estaban relacionados con esas semanas con sus primos. Su padre nunca los acompañaba, alegando siempre que el trabajo de la iglesia demandaba su atención. Cuando Pablo tuvo el valor suficiente para preguntarle por qué evitaba a su tía y a su tío, su padre le dijo: «Son buena gente, Pablo, si lo único que quieres es entretenerte. Pero yo no tengo tiempo para las personas a quienes no les interesa edificar el reino».

Al verano siguiente, la madre de Pablo se fue al norte sin él y Pablo, en cambio, fue a un campamento cristiano en la isla Catalina.

A veces, Pablo pensaba en esos primos que habían crecido hacía mucho y que se habían mudado a otra parte. Eran los pocos parientes que tenía por parte de su madre. Su padre era hijo único. La abuela Hudson había muerto mucho antes de que Pablo naciera, y él recordaba muy poco del abuelo Esdras, quien había pasado sus últimos años en un hospital de convalecencia. El anciano falleció cuando Pablo tenía ocho años. El recuerdo que guardaba Pablo era el alivio que sintió de nunca más tener que volver a aquel lugar maloliente ni ver las lágrimas que derramaba su madre cada vez que salían del deprimente establecimiento.

Era curioso cómo la mención de una región del país podía provocar tal oleada de recuerdos que lo desbordaron en el lapso de pocos segundos. Casi podía oler la arena caliente, los viñedos y los huertos de árboles frutales, y oír las risas de sus primos mientras tramaban otra broma.

—Serías el único empleado —dijo el decano Whittier—. Y estarías ocupando el puesto de un pastor que guio a esa iglesia durante casi cuarenta años.

—Cuarenta años es mucho tiempo. —Pablo sabía que una pérdida como esa podría desatar una tormenta de fuego en una iglesia; suficiente para incinerar a la congregación, incluso antes que él llegara. O que lo incinerara a él si, en efecto, se sentía llamado a dirigirse al oeste.

—Lo sé; lo sé. Perder a un pastor de tan larga data puede significar la muerte de una iglesia, más rápido que cualquier otra cosa. Pero creo que tú puedes ser el hombre que Dios está llamando a ese lugar. Tienes todas las credenciales.

—Tendré que orar al respecto, decano Whittier. Quizás estén buscando a alguien mucho mayor y con más experiencia que yo.

—La edad no se mencionó en la conversación. Y no es momento para indecisiones. El anciano no estaba buscando algo en particular. Más que nada, llamé porque quería un consejo. Pero, después de diez minutos de hablar con este caballero, me pareció que quiere algo más que mantener las puertas abiertas.

Pablo quería decirle que sí en el acto, pero se contuvo.

—Usted sabe que mi sueño ha sido pastorear una iglesia, decano Whittier, pero será mejor que primero ore seriamente. No quiero adelantarme a lo que el Señor quiere que yo haga. —Sabía que las emociones podían ser engañosas.

—Toma todo el tiempo que necesites. Pero hazle saber a Samuel Mason que lo estás pensando. Te daré su número para que puedas hablar con él. —Recitó de un tirón los números, pero Pablo estaba preparado con lápiz y papel—. Habla con el pastor Riley y con Eunice, y con cualquier otra persona en la que confíes.

—Lo haré.

—Y mantenme al tanto de lo que suceda.

—Lo llamaré para encontrarnos para almorzar cuando todo esté decidido, señor.

—Hazlo. Que Dios te bendiga, Pablo. Y salúdame a esa bonita esposa tuya. —Colgó.

Euny entró en la cocina con Timmy.

—El decano Whittier te manda saludos.

—Pareces entusiasmado por algo.

—Podríamos decir que sí. —Tomó a Timmy y lo sentó en su silla de comer mientras Eunice sacaba el guisado del horno—. Lo llamó un anciano de una iglesia pequeña en California. Necesitan un pastor.

Ella se enderezó con los ojos resplandecientes.

—¡Y estás recibiendo tu llamado!

—Tal vez sí. Tal vez no. No nos adelantemos al Señor, Euny. Necesitamos orar por esto.

—Oramos todas las mañanas y todas las noches para que el Señor nos lleve donde Él desee que vayamos, Pablo.

—Lo sé. No creo que la llamada del decano Whittier sea una casualidad. Nada sucede por casualidad. A mí me encantaría lanzarme y decir

que sí, Euny. Sabes cuánto he soñado con tener mi propia iglesia. Pero estoy enseñando dos asignaturas y estamos a medio ciclo. No puedo renunciar sin más y marcharme.

—Si esta es la voluntad del Señor, será muy clara.

—El decano Whittier me dio el nombre del anciano que llamó de la Iglesia Cristiana de Centerville. Samuel Mason.

—Quizás deberías llamarlo. El semestre terminará en menos de un mes.

—Un mes podría ser demasiado tiempo. El pastor tuvo un ataque cardíaco. Necesitan a alguien lo más pronto posible.

—¿Tienen un pastor interino?

—No lo sé. Su pastor ha servido a la congregación durante casi cuarenta años, Euny. —La misma cantidad de tiempo que su padre había pastoreado a su iglesia en el sur de California—. Sería difícil ocupar el puesto de ese pastor.

—Sí, sería difícil.

—El decano Whittier sugirió que llame al señor Mason. Supongo que no estaría mal. Puedo hablarle de mi formación y de mi experiencia, y explicarle cuáles son mis responsabilidades aquí. Si el señor Mason dice que no pueden esperar, esa será la respuesta del Señor. No ir.

—¿Cuándo crees que lo llamarás?

—No durante los próximos días. Primero, quiero ayunar y orar por esto.



Samuel estaba dormitando en su sillón cuando sonó el teléfono. Abby dejó a un lado su crucigrama y atendió. Samuel siguió dormitando. El zumbido del televisor siempre lo ayudaba a quedarse dormido. Comenzaba con ESPN, se quedaba dormido y se despertaba con el canal de películas clásicas Turner, con el control remoto firmemente en posesión de Abby.

—Un minuto, por favor. Samuel. *Pssst. ¡Samuel!*

Samuel levantó la cabeza.

—Te llama Pablo Hudson —dijo Abby.

—¿Quién es Pablo Hudson?

—Un pastor de la Iglesia Mountain High de Illinois. Está llamando con relación a la conversación que tuviste con el decano Whittier.

Samuel se despertó por completo.

—Lo atenderé en la cocina. —Se levantó ruidosamente del sillón reclinable y se puso de pie, mirando brevemente el televisor. Frunció el entrecejo en un gesto burlón—. Así que me hiciste trampa, ¿eh? Como ya debe haber terminado el partido de los Dodgers, puedes ver *La novicia rebelde* con mi bendición.

Ella le sonrió con satisfacción mientras él levantaba el teléfono.

—Mi esposo le contestará en un momento, pastor Hudson.

Samuel tomó el teléfono de la cocina.

—Ya atendí, Abigail. —Su esposa colgó—. Habla Samuel Mason.

—Soy Pablo Hudson, señor. El decano Whittier me llamó la semana pasada y dijo que está buscando un pastor. Él pensó que yo debería llamarlo.

Samuel se frotó la barbilla. ¿Cómo abordaba uno este tema?

—¿Qué considera que deberíamos saber de usted?

—¿Qué están buscando?

—A alguien como Jesús.

—Bueno... la verdad, puedo decirle que me falta mucho para eso, señor.

Pablo Hudson parecía una persona joven. Samuel tomó una libreta y un bolígrafo.

—¿Qué dice si empezamos con sus títulos?

—Me gradué en la Universidad Cristiana Midwest. —Titubeó—. Sería mejor que hablara con el decano Whittier sobre mi servicio allí. Desde que me gradué, he sido parte del personal de la Iglesia Mountain High.

—¿Jóvenes?

—Nuevos cristianos. De todas las edades.

Qué bien.

—¿Cuánto hace que está ahí?

—Cinco años. Acabo de concluir mi maestría en consejería familiar.

Un hombre orquesta.

—¿Está casado?

—Sí, señor. —Samuel pudo oír la sonrisa en la voz de Hudson—. Mi esposa se llama Eunice. La conocí en la universidad y nos casamos dos semanas después de que me gradué. Ella estudiaba música. Toca el piano y canta. No es mi intención presumir, pero Eunice es muy talentosa.

Dos ministros por el precio de uno.

—¿Tienen hijos?

—Sí, señor. Tenemos un varoncito muy activo de tres años que se llama Timoteo.

—Los hijos son una bendición del Señor. —Samuel estuvo a punto de empezar a relatar anécdotas de su hija y de su hijo, pero se frenó en seco cuando otra vez lo atacó el dolor por la pérdida de Donny. Se aclaró la garganta—. Hábleme de su relación con el Señor.

Se apoyó contra la encimera de la cocina mientras Pablo se zambullía con entusiasmo en su testimonio personal. Nacido en una familia cristiana. Padre, pastor de una iglesia en el sur de California. ¿Hudson? El nombre activó una señal en la cabeza de Samuel, pero no estaba seguro de si era una alarma de incendio o unas campanillas.

Pablo siguió hablando. Había aceptado a Cristo a los diez años, fue activo en grupos de jóvenes, consejero en los campamentos de la iglesia, trabajaba para Hábitat para la Humanidad durante el verano. Mientras cursaba sus estudios universitarios, trabajó como voluntario en un centro para personas de la tercera edad cerca de la universidad. Trabajaba con jóvenes necesitados y enseñaba a leer a alumnos de una escuela secundaria en una zona marginada de la ciudad.

Pablo Hudson parecía ser un regalo del cielo.

Hubo una larga pausa.

—¿Señor Mason?

—Sigo aquí.

Solo atónito por la energía del joven.

—¿Quiere que le envíe mi currículum en un correo electrónico?

—Pablo sonaba cohibido.

Samuel se sintió cautivado por su fervor juvenil.

—No tenemos computadora.

—¿Fax?

—Tampoco. —Samuel volvió a frotarse la barbilla—. Le diré lo que haremos: envíeme su currículum por FedEx. —Dado que no había ningún empleado en la iglesia, Samuel le dio su dirección a Pablo—. ¿Cuál es su situación? Supongo que tiene responsabilidades en la Iglesia Mountain High.

—Trabajo en varias áreas, pero mi principal responsabilidad en este momento es enseñar dos clases de fundamentos básicos.

—¿Cuánto dura el curso?

—Ambas clases terminarán en tres semanas. Una semana después tendremos una ceremonia de compromiso para quienes hayan tomado una decisión por Cristo.

—Entonces no estaría disponible sino hasta dentro de cuatro o cinco semanas.

—Así es, señor. Y, si me llamaran, necesitaría tiempo para empacar, mudarme e instalarme con mi familia.

—Eso no sería ningún problema. Pero no queremos avanzar demasiado rápido. Informaré a los otros ancianos. Todos tenemos que orar por esto. Teniendo en cuenta todas sus calificaciones, tal vez este no sea el mejor lugar para usted. Somos una iglesia pequeña, Pablo. Menos de sesenta personas.

—Que podría crecer.

Tendría que crecer, o no podrían darse el lujo de pagarle a un nuevo pastor.

—Envíe su currículo. Volveré a hablar con el decano Whittier. —Samuel quería estar seguro de que Pablo Hudson fuera el joven a quien se había referido el decano—. Hablaré con usted de nuevo en una semana más o menos. ¿Qué le parece?

—Sensato, señor.

—Yo lo contrataría ahora mismo, Pablo, pero será mejor que nos calmemos y veamos si este es el lugar que el Señor quiere para usted.

—Yo soy de andar a toda máquina, señor Mason. He estado orando para que el Señor me llame a pastorear una iglesia.

A Samuel le agradó el sonido de su voz.

—Nada de lo que me ha contado está en su contra.

Intercambiaron algunos comentarios amables y Samuel colgó. Volvió a la sala.

«Cuando cantas comienzas con do-re-mi», cantaba Julie Andrews desde la pantalla.

—Te sabes esa película de memoria, Abby —dijo Samuel—. ¿Cuántas veces la has visto?

—Casi tantas veces como te has quedado dormido tú con *Fútbol americano del lunes por la noche*. —Tomó el control remoto y bajó el volumen, después volvió a dejarlo en la mesita.

Él se sentó en su sillón reclinable, se recostó hacia atrás y esperó. Sabía que no demoraría mucho.

—¿Y entonces...?

—Dame el control remoto y te lo diré.

—Sabes que lo tomaré de nuevo cuando te quedes dormido. —Le entregó el control.

—Veintiocho años, felizmente casado y tiene un hijito de tres años.

—¿Eso es todo lo que te enteraste de él en treinta minutos?

—Tiene una maestría. Fervoroso.

—Eso es maravilloso. —Ella esperó mientras él reflexionaba—. ¿Verdad?

—Depende. —El fuego de lo alto podía levantar a una iglesia de sus cenizas. El ardor inapropiado podía arrasarse con ella.

—Tú podrías aconsejarlo.

La miró por encima del marco de sus anteojos.

—Bueno, ¿a quién más propondrías? ¿A Otis? ¿A Hollis?

Samuel empujó hacia atrás su sillón.

—Es posible que veamos si podemos encontrar a alguien mayor, con más experiencia.

—Tú no eres tan indeciso, Samuel.

—Ya no soy precisamente una persona influyente, querida mía.

—Ya sabes el dicho: “La vejez y la traición siempre derrotarán a la juventud y la exuberancia”.

—Una porción de helado con sabor a Rocky Road sería un buen aliciente en este momento.

Ella suspiró y se puso de pie. Samuel le agarró la mano cuando se acercó a su silla.

—Dame un beso, viejita.

—No te mereces un beso.

—Pero de todas maneras me lo darás. —La miró con una sonrisa.

Ella se agachó y le plantó un beso en la boca.

—Tú eres un viejito. —Sus ojos titilaron.

—El control remoto será todo tuyo cuando vuelvas.

Se puso a orar por Pablo Hudson desde el momento en que Abby salió de la sala. Oró mientras comía el helado. Siguió orando mientras su esposa miraba *La novicia rebelde*. Cuando se fueron a la cama, oró con ella, y se quedó despierto orando mucho después de que su esposa se durmió. Al día siguiente, oró mientras cortaba el césped y ponía aceite en las bisagras y los resortes de la puerta del garaje. Siguió orando mientras le añadía aceite al motor de su DeSoto, limpiaba algunos insectos de la rejilla del carro y cuando salió a podar el seto.

Abby salió al garaje con un sobre de FedEx en la mano. El currículum de Pablo Hudson. El chico no tenía ni un pelo. Samuel abrió el sobre, leyó el currículum, lo llevó adentro y lo puso sobre la mesa.

—Mira a ver qué te parece. —Se dirigió a la puerta.

—¿Y qué hay del almuerzo?

Tomó un plátano que había en el frutero de la mesa en la cocina y salió de nuevo para hablar un poco más con el Señor. No volvió a entrar hasta que ella le avisó que el almuerzo estaba listo. El currículo estaba sobre la mesa.

—¿Y bien?

Abby dejó escapar un silbido bajito.

—Exactamente.

Esa tarde, llamó al decano Whittier.

—Tuvo que esforzarse para demostrar cuánto valía cuando llegó aquí. Samuel frunció el ceño.

—¿Por qué tuvo que hacer eso?

—Su padre es David Hudson. A cualquier hombre le costaría estar a la altura de esa clase de reputación.

Antes de que Samuel tuviera la oportunidad de preguntar quién era David Hudson, el decano siguió hablando de varios de los proyectos que Pablo había empezado y concluido mientras estaba en la universidad. La voz de la secretaria del decano sonó de fondo.

—Disculpe, Samuel, pero tengo otra llamada. Solo déjeme decirle esto: Pablo Hudson tiene el potencial de convertirse en un *gran* pastor; quizás, más importante aun que su padre. Mejor atrápenlo mientras puedan.

Samuel fue a buscar a su esposa.

—¿Alguna vez oíste hablar de David Hudson?

—Es el pastor de una de esas megaiglesias del sur. Sus sermones son transmitidos por la tele. Pat Sawyer lo ama. —Sus ojos se iluminaron—. ¡Por todos los cielos! No querrás decir que Pablo Hudson está relacionado con él, ¿verdad?

—Podría decirse que sí. Es el hijo de David Hudson.

—Oh, esto supera todos nuestros sueños...

—No empieces a dar volteretas todavía, Abby. —Caminó hacia la puerta.

—¿Adónde vas, Samuel?

—Iré a caminar. —Necesitaba tiempo para pensar y orar, antes de llamar a los otros dos ancianos.